

REVISTAS REVISITADAS: VENTANA A LA HISTORIOGRAFÍA MEXICANA DEL SIGLO XX*

JAVIER GARCADIIEGO
El Colegio de México

HACE CINCUENTA AÑOS, CUANDO EN 1951 apareció *Historia Mexicana*, casi no había otras revistas históricas. Acababa de reaparecer el *Boletín de la Biblioteca Nacional*, y se publicaban el *Boletín del Archivo General de la Nación*, los *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* y las *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*. A pesar de ello, algunos historiadores vinculados con la UNAM y con la Academia de la Historia —pienso sobre todo en Alberto María Carreño—, criticaron su nacimiento, aducían que era una revista de “mal gusto”, una auténtica “sopa de letras”, sin orden, rigor ni concierto, que para colmo, y de manera significativa, había puesto como viñeta en su primera portada un sello de la Inquisición, *lapsus* que reflejaba su vocación por silenciar la verdad. La analogía era pedestre y poco imaginativa: si la Inquisición había sido una institución “atormentadora”, la nueva revista se proponía “atormentar a la historia mexicana”.¹

A pesar de tan negros augurios, *Historia Mexicana* creció y se consolidó. En 1976 cumplió sus primeros 25 años, y el número 100 fue dedicado a analizar la historia de la revista y del centro que la auspiciaba. Aquel número emblemático

* Palabras leídas por su autor en la presentación del número 200 de *Historia Mexicana*, en El Colegio de México, 20 de septiembre de 2001.

¹ Alberto María Carreño: “Crítica y perjuicio”, en *El Universal* (13 jul. 1951), pp. 3 y 10.

dio lugar a una reflexión autocelebratoria y autocomplaciente. En un ambiente poco adecuado para la labor académica conjunta, el Centro de Estudios Históricos fue llamado “nido”, metáfora que aludía a su aislamiento. Hoy, 25 años después, el número 200 de *Historia Mexicana* se dedica al análisis de las otras revistas académicas de historia publicadas en el país.

Las efemérides importantes suelen servir para la autocelebración o para la reflexión analítica. En este caso, sin embargo, decidimos aprovechar la ocasión para hacer una aportación y varios actos de justicia. Me explico: estamos convencidos de que presentar una historia colectiva de las principales revistas de historia que se publican en el país servirá como una perspectiva ideal para acercarse a la historia de la historiografía mexicana contemporánea, pues quedará mejor definido el proceso de profesionalización de la disciplina, su crecimiento institucional, los cambios en los temas de estudio y en las perspectivas de análisis, así como el creciente rigor de sus métodos y técnicas. De otra parte, narrar la historia de todas estas revistas, con trabajos elaborados por colegas involucrados en ellas, servirá para hacer el balance del estado actual de nuestra historiografía, así como para realizar evaluaciones particulares y autocríticas de cada una de estas publicaciones. Esto es, además de los avatares y las vicisitudes sufridas por estas revistas, en el número que hoy presentamos también salen a la luz su problemática actual y sus posibilidades futuras. Así, acaso este número tenga efectos prácticos y pueda servir para el mejoramiento de las publicaciones aquí descritas y analizadas.

Organizado sobre el orden cronológico de la aparición de las principales revistas en activo dedicadas a la historia, y salvo un error en la colocación de las revistas hermanas *Estudios de Cultura Náhuatl* y *Estudios de Cultura Maya*, pues en realidad es dos años mayor la primera, el panorama ofrecido es considerablemente completo. Como editores, nuestro miedo desde que se planeó el número era incurrir en omisiones lamentables. A pesar de todas nuestras prevenciones y cuidados, reconocemos que debieron haber figurado

cuando menos otras tres publicaciones seriadas: la *Revista de Historia de América*, aparecida en 1938 por iniciativa de Silvio Zavala y publicada por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia. A pesar de su carácter continental, es un hecho que durante años sirvió como único laboratorio en el que se formaron, redactando notas y reseñas, varios de los jóvenes historiadores mexicanos de entonces; también es de lamentarse la ausencia de *Cuadernos Americanos*, fundada en 1942 por Jesús Silva Herzog con la colaboración de varios españoles y centro y sudamericanos asilados en México. Aunque sus preocupaciones mayores eran políticas, culturales y literarias, *Cuadernos Americanos* siempre ha tenido una sección dedicada a la historia, titulada "Presencia del Pasado". La tercera, *Mexican Studies*, revista bilingüe y biinstitucional publicada por la Universidad de California —planteo Irvine— y por el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, tiene ya 16 años de existencia y en ella claramente dominan los estudios de carácter histórico.

El objetivo central de este número 200 es abrir una nueva ventana hacia la historia de la historiografía moderna y contemporánea de México; esto es, estudiarla a través de sus revistas. Las perspectivas son múltiples: puede estudiarse cada revista por separado, pero también pueden analizarse colectivamente, según sus contenidos o por sus periodos de fundación. Sus limitaciones también son varias: una historia cabal de las revistas de historia tendría que contemplar también a las ya desaparecidas. Por ejemplo, los venerables *Anales del Museo Nacional*, el injustamente menospreciado *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda* y el *Anuario de Historia*, publicado por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Tendrían que contemplarse algunas revistas doctrinarias, como la memorable y singular *Historia y Sociedad*, de abierta orientación marxista, que dirigida por Enrique Semo y Roger Bartra, sacó 40 números entre 1965 y 1981. También tendrían que considerarse las muchas y casi inaccesibles publicaciones efímeras, como aquella que publicara Alberto María Carreño, llamada *Divulgación Histórica*. Obviamente, también tendrían que contemplarse las revistas estudiantiles, en las que siempre colaboran los profesores más estima-

dos por los jóvenes: pienso, entre muchas otras, en *Historia Nueva*, animada en la segunda mitad de los sesenta por Roberto Moreno de los Arcos, y más recientemente en una llamada, lúgubrementemente y a contrapelo del ánimo juvenil, *Epitafios*. También tendrían que analizarse las publicaciones sectoriales, como *El Legionario*, imprescindible para la historia de la revolución mexicana, así como las revistas locales, las marginales y hasta las de divulgación, como *Arqueología Mexicana*. Sobre todo, tendrían que analizarse también las grandes revistas político-culturales, como *Phural*, *Vuelta*, *Nexus* y *Letras Libres*, por el enorme número de artículos históricos publicados en ellas. En efecto, todas, absolutamente todas, forman parte de la historiografía mexicana. Asimismo, todas, absolutamente todas, han ayudado a conformar y delinear nuestra actual cultura histórica.

Lo sabemos, o lo suponemos: las revistas implican un enorme trabajo de quienes las editan. Exigen puntualidad, ánimo conciliador y capacidad organizativa; para colmo, pocas veces son empresas rentables, por lo que obligan al embarazoso pedir, a suplicar incluso, la colaboración de otros, tanto académica como económica. Publicar revistas es más que un oficio; es una vocación. Este número 200 sirve también para recordar a aquellos que, poseedores de esa vocación, la que en algunos parecía más bien un auténtico vicio, dedicaron tiempo y esfuerzos a tan ingente labor. En toda revista están enterradas muchas vidas. Recordémoslas. ¿Cómo no pensar con admiración y agradecimiento en José María Vigil, Nicolás León, Juan Iguiniz, Francisco Monterde y José Ignacio Mantecón, por sus labores en las publicaciones de la Biblioteca Nacional? ¿Y qué decir de Luis González Obregón o de Nicolás Rangel, y posteriormente de Edmundo O'Gorman, Ignacio Rubio Mañé o Ernesto Lemoine, por sus denodados esfuerzos en el *Boletín del Archivo General de la Nación*? Sigamos con la admirable lista: Manuel Toussaint y Justino Fernández en los *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*. Al nombre del emprendedor Daniel Cosío Villegas, fundador de *Historia Mexicana*, tienen que agregarse los de Luis Muro, su laborioso responsable por varios años, y los del padre Ángel María Garibay,

Alberto Ruz Lhuillier y Juan Comas, animadores respectivamente de los *Estudios de Cultura Náhuatl y Maya* y de los *Anales de Antropología*. Reconocimiento aparte merece don Ernesto de la Torre Villar, involucrado no en una, sino en varias publicaciones periódicas. En tiempos más recientes destacan Miguel León Portilla, por su dedicación vitalicia a los *Estudios de Cultura Náhuatl*; Mercedes de la Garza, por su labor al frente de los de cultura *maya*; Josefina Muriel y Rosa Camelo, en los *Estudios de Historia Novohispana*; Álvaro Matute, *factórum* de los de *Historia Moderna y Contemporánea*, y Xavier Moysén, editor de los *Anales de Estéticas* por la friolera de 28 años.

Además de hacer posible el recuerdo de estos auténticos pilares de nuestra disciplina histórica, la perspectiva abierta en *Historia Mexicana 200* permite periodizar el desarrollo de la historiografía mexicana del siglo XX. En efecto, su lectura destaca, nitidamente, la correlación existente entre el desarrollo de las instituciones culturales y educativas y la aparición sucesiva de las revistas históricas. Más importante aún, también se aclara la correlación existente con la situación historiográfica propiamente dicha y con los contextos culturales y políticos nacional e internacional. Así, percibo cinco etapas en la historiografía mexicana del siglo XX, vista desde la perspectiva del desarrollo de sus instituciones y de las revistas especializadas. La primera, abarca los tres decenios iniciales del siglo. Fueron los años del *Boletín de la Biblioteca Nacional* y del *Archivo General de la Nación*. Su carácter era instrumental y documentalista, todavía dominado por el positivismo y el cientificismo de finales del siglo XIX. Eran publicaciones tan pobres como útiles, de vida azarosa, víctimas de la violencia y el anticulturalismo revolucionarios, de los vaivenes políticos y de la errónea creencia de que el principio de los tiempos estaba en 1910, 1917, 1920 o cualquier otra efemérides vinculada con algún caudillo político-militar. En resumen, fueron años de pobreza estatal; de escaso desarrollo en las instituciones culturales y educativas; de historiografía aún no modernizada, sino limitada a labores documentalistas, todavía labor de cimentación, aunque imprescindible para levantar el edificio de la historiografía mexicana.

La siguiente etapa se da alrededor del segundo tercio del siglo. Fueron los años del enfrentamiento entre la historia precientífica y la profesional. Por ejemplo, en 1937 surgieron los *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* —entonces “Laboratorio de Arte”—, como prueba de que el país había alcanzado, finalmente, la paz y la estabilidad. La aparición de estos *Anales* era prueba de que al margen de revoluciones, rebeliones, levantamientos, revueltas y asonadas, México tenía, desde siempre, un arte extraordinario. Paradójicamente, la aparición de estos *Anales* debe ser vista en el contexto del nacionalismo cultural y artístico impulsado por la revolución mexicana. Lo realmente significativo es que, desde su nacimiento, los *Anales de Estéticas* fue una revista técnica, ajena a la divulgación y a la polémica. Pocos años después, en 1942, aparecieron las *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, dominada desde su fundación, más de 20 años antes, por historiadores amateurs y por anticuarios, por varios jerarcas de la Iglesia católica y por algunos aristócratas diletantes, todos ellos hispanistas y de ideología conservadora. Como ejemplos basten los nombres de Francisco Sosa, Jesús Galindo y Villa, Luis González Obregón y Genaro Estrada; o los de Francisco Plancarte —obispo de Monterrey—, Ignacio Montes de Oca —obispo de San Luis Potosí— y Mariano Cuevas; o los de Luis García Pimentel y Manuel Romero de Terreros, el “Marqués de San Francisco”. Sin embargo, hacia 1940 es perceptible una transformación en la Academia, con la llegada de historiadores más profesionales y modernizantes, como Atanasio Saravia y Arturo Arnaiz y Freg. El final de esta segunda etapa historiográfica sobrevino con un momento excepcional: la aparición de *Historia Mexicana*, en 1951. Como dije antes, la rechazó el grupo de historiadores amateurs, hispanistas, conservadores y aristocratizantes. Su actitud es comprensible: *Historia Mexicana* era la mayor prueba del inicio de la profesionalización de la historia en el país. Por si fuera poco, a diferencia de la Academia, poblada por clérigos y por señores elegantes que disfrazaban su nostalgia por el pasado, en el que habían sido parte de los grupos dominantes, con labores propias de anticuarios, *Historia Mexicana* fue hecha

por mexicanos de la clase media posrevolucionaria y por españoles republicanos exiliados. Por lo mismo, puede concluirse que *Historia Mexicana* sirvió para profesionalizar y para democratizar y despolitizar nuestros estudios históricos.

La tercera etapa se prolonga a lo largo de los años sesenta. Su característica principal en términos institucionales es que sólo surgieron publicaciones promovidas por la UNAM. Eran los años en que el Estado responsabilizó a la UNAM —luego se vería cuán errónea era dicha estrategia— de satisfacer todo el crecimiento en la demanda de educación superior. Al traslado del centro al sur de la ciudad, en la primera mitad de los cincuenta, siguió un crecimiento tan grande como mal percibido. Por lo mismo, la UNAM tuvo pronto que reorganizarse y readecuar su estructura. Fue así como surgieron los institutos de investigación, y con ellos, sus principales órganos de expresión: los *Estudios de Cultura Náhuatl*, en 1959; los de *Cultura Maya*, en 1961; los *Anales de Antropología*, en 1964; los Estudios de *Historia Moderna y Contemporánea*, en 1965; los de *Historia Novohispana*, al año siguiente, y el *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, en 1969, publicaciones a las que debería sumarse el *Anuario de Historia*, editado con el impulso de Juan Ortega y Medina y la colaboración de varios profesores de la Facultad de Filosofía y Letras, los que entre los sesenta y setenta publicaron diez volúmenes. En términos historiográficos esta tercera etapa corresponde a la consolidación de la historia profesionalizada en el país. Una característica de la historia profesional, científica, es que olvida sus románticas aspiraciones universalistas. La profesionalización implicó la especialización, y todas estas revistas tienen no sólo una, sino varias especializaciones.² En efecto, hubo especializaciones cronológicas, con revistas dedicadas a los periodos prehispánico, novohispano, moderno y contemporáneo; hubo especializaciones geográfico-culturales, con revistas dedicadas a México en general, o en áreas más precisas, como las de los mundos náhuatl y maya; por último, hubo también especializacio-

² Argumento de Álvaro Matute; véase su colaboración en el número 200 de *Historia Mexicana*, p. 781.

nes temáticas, con revistas históricas, antropológicas, etnográficas y bibliográficas.

En términos historiográficos también debe decirse que estos institutos y sus revistas surgieron años después de las célebres polémicas entre los llamados positivistas y los historicistas. Aunque en términos institucionales triunfaron los primeros, controlando dependencias y publicaciones, lo cierto es que los historicistas también habían triunfado, en tanto que sus prédicas y reclamos hicieron mella incluso entre los historiadores más tradicionales. Hoy resulta indiscutible que éstos asimilaron las advertencias y críticas de los historicistas. Gracias a ello la historiografía científica y profesional mexicana creció con una buena dosis de saludable relativismo.³ Sin embargo, estas revistas surgieron antes de la irrupción del 'revisionismo' historiográfico, por lo que todavía se caracterizaron por los cortes cronológicos rígidos, por el predominio de la historia política y por la adscripción de la historia entre las humanidades antes que entre las ciencias sociales.

La cuarta etapa fundacional corresponde a la primera mitad de los ochenta, y se caracteriza por la apuesta estatal en favor de instituciones de educación superior alternativas y pequeñas: los objetivos eran desconcentrar y descentralizar. Son los años en que surgen *Relaciones*, de El Colegio de Michoacán, en 1980; *Cuicuilco*, de la ENAH, ese mismo año; *Históricas*, del INAH, en 1982; *Secuencia*, del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, en 1985, y *Siglo XIX*, de la Universidad Autónoma de Nuevo León, en 1986. En términos historiográficos esos años corresponden al triunfo de las propuestas 'revisionistas': irrumpen las historias económica y social; aparece el interés por lo regional, pero con un enfoque riguroso, sin caer en parroquialismos, incluso con pretensiones comparativas; crece el interés por la historia moderna, y hasta por los tiempos presentes; se propone la comunión entre historia y antropología. De otra parte, renacieron los debates teóricos y metodológicos. Fueron años inicialmente dominados por el marxismo y la teoría

³ Felipe CASTRO GUTIÉRREZ, en *Historia Mexicana*, 200, pp. 804-806.

de la dependencia —reléase *Cuicuilco*—, aunque luego aparecieron posiciones escépticas y críticas del marxismo —notablemente en *Historias*— y abiertos desmentidos a la teoría de la dependencia —sobre todo en la revista *Siglo XIX*. El impacto del contexto político parece transparente: fueron años de crítica y oposición políticas, consecuencia del agotamiento del llamado “modelo revolucionario” mexicano, lo que se reflejó en el gran número de artículos —*Cuicuilco*— sobre asuntos indígenas y campesinos; fueron también años de intenso latinoamericanismo —*Secuencia* y *Siglo XIX*—, tanto en términos temáticos como autorales, producto esto último de la política de asilo en favor de los intelectuales latinoamericanos.

Obviamente, esta división cronológica no debe ser vista como una lectura sucesiva de lápidas y de actas de bautismo. Las revistas creadas en las etapas previas también reflejaron los cambios traídos por el ‘revisiónismo’ y los problemas políticos de los ochenta: el *Boletín del Archivo General de la Nación*, tradicionalmente virreinal, mostró un gran interés por los siglos XIX y XX; en los *Estudios de Historia Novohispana* aparecieron historias de tema económico y social, en los de *Cultura Náhuatl y Maya* se publicaron muchos trabajos sobre asuntos de los indígenas contemporáneos, y los *Anales de Antropología* reflejaron el impacto de la llamada antropología “crítica”, contraria a la política indigenista del Estado mexicano, netamente integracionista. Asimismo, *Historia Mexicana* también evolucionó hacia una historiografía crecientemente complejizada y rigurosa.

La quinta etapa de alumbramientos coincide con los últimos diez años. Puede llamársele el momento de las revistas “posmodernas”: *Eslabones*, 1991; *Historia y Gráfica*, 1993; *Perspectivas Históricas*, 1998; *Signos Históricos*, al año siguiente, y por último *Istor*, de 2000. Son los años del derrumbe del socialismo en el mundo, de la globalización económica e informativa y de la transición a la democracia en México. Por ello algunas de estas revistas, como *Eslabones*, se interesan por temas políticos novedosos, como el de los derechos humanos, el federalismo, los desafíos políticos regionales al PRI centralista y la creciente diversidad religiosa. El interés de estas revistas

por los problemas actuales está a flor de piel. Institucionalmente, son los años en que maduraron y se consolidaron centros educativos como las universidades Iberoamericana y Metropolitana, o como el CIDE. Asimismo, son los años en que instancias como Conacyt forzaron la rigorización de varias revistas.

En términos historiográficos, estas revistas muestran el tránsito del interés por lo regional al interés por lo internacional —*Perspectivas*, *Signos* e *Istor*—. Obvio, en tiempos de globalización resulta conveniente conocer el mundo.⁴ Carecen de límites geográficos, y tampoco se encuentran restricciones cronológicas, temáticas, disciplinarias o teórico-metodológicas. Con vidas tan cortas, resulta difícil hacer la historia de estas revistas; sin embargo, gracias a *Historia Mexicana* 200 conocemos ya sus breves pasados, atisbamos sus tendencias y registramos sus objetivos. Intentan hacer una historia total, global, integral, publican numerosos trabajos de historia cultural y se atreven con temas teóricos —*Historia y Grafía*—, todo esto a diferencia del decenio anterior, el de los ochenta, dominado por la excesiva especialización y por cierto tipo de neoempirismo, como lo prueba el uso generalizado de fuentes primarias y de novedosísimos recursos tecnológicos. Atreverse a desarrollos teóricos propios, sin traducciones de por medio, fue prueba de la madurez de la disciplina, de vitalidad. La reciente aparición de estas revistas demuestra, por último, que a pesar de la gran producción publicada en las revistas ya establecidas, siempre habrá nuevos nichos historiográficos por descubrirse y llenarse. Signo de los tiempos que corren, dos de estas revistas —*Eslabones* y *Perspectivas Históricas*— carecen de vínculo con alguna institución de educación superior; son, más bien, producto del compromiso de algún tipo de grupo de la “sociedad civil”; otro signo de estos tiempos democratizantes es que un par de estas revistas tienen direcciones colectivas.

Esta aproximación cronológica no debe inducir a creer que las revistas de una etapa desplazan a las del periodo

⁴ Véase el artículo de Jean MEYER, en *Historia Mexicana*, 200, p. 996.

previo, y así sucesivamente. No: hoy conviven todas estas revistas, cada una con su naturaleza, su cometido y su proceso evolutivo. Ninguna permanece estática; todas cambian y se reforman periódicamente. Por ejemplo, las viejas revistas comenzaron a ser dirigidas por una nueva generación de colegas este último decenio, y todas están uniformándose a partir de determinados criterios científicos.⁵

A diferencia de los pleitos de hace 50 años y de las descalificaciones y ninguneos de hace 25, hoy todas estas revistas están conscientes de formar parte de un sistema de conocimientos complementarios. Como dijera Alfonso Reyes, "entre todos sabemos más". Como lo dicen el título y el espíritu de dos de estas revistas, son múltiples las *Historias*, e igualmente numerosas sus *Grafías*, sus modos de escribirse. Por lo tanto, todas las revistas aquí analizadas son igualmente imprescindibles. No pretendo concluir con espejismos retóricos. El número, la especificidad y la calidad de estas revistas demuestran que la historia es una disciplina madura, en crecimiento constante y siempre en vías de mejoramiento. También es preciso reconocer que estas revistas no sólo son diferentes, sino que también son desiguales. A pesar de esto, la salud colectiva parece buena. Tal es mi conclusión después de leer los diagnósticos que sobre estas publicaciones hicieron colegas muy involucrados en ellas.

⁵ Solange Alberro señala varias problemáticas comunes: la reciente aparición de los medios electrónicos de difusión; el acentuado nacionalismo; limitaciones en la distribución, y la escasez de reseñas críticas y de trabajos comparativos. También advierte sobre la "supeditación creciente a organismos normativos cupulares", si bien reconoce que hay casos de recomendaciones "pertinentes" y hasta "benéficas". Lo grave es que tales recomendaciones se han transformado, en los últimos años, en "instrucciones imperativas". Véanse sus argumentos en *Historia Mexicana*, 200, pp. 647-653.